

CONTRA LA ENFERMEDAD DE LA NOVELA

Nuria Amat

El desprestigio que desde el punto de vista de calidad literaria sufre la novela tiene parte de su origen en las leyes devoradoras del mercado y en la banalidad que desde unos años atrás impregna por igual todas las capas culturales de la sociedad moderna. Estas causas han favorecido a considerar la novela como el más frívolo de los géneros literarios y a que los novelistas sean vistos y utilizados como marionetas mediáticas. ¿Símbolos o marcas de una realidad social cada vez más ruidosa e impostada? La novela, considerada en su inicio como un género popular, fue adquiriendo con el paso del tiempo un estatus de género culto gracias precisamente a aquellos autores que contribuyeron a pervertir el campo novelístico introduciendo en este elementos reflexivos, poéticos, históricos o ensayísticos. Hubo también un momento en el que pareció que la novela de calidad podía ser tan mayoritariamente aceptada como la era la novela de pasatiempo. Convivían, por así decir, dos clases de narrativa aunque el término novela sólo se utilizaba para designar la literatura seria calificando la otra de folletín, novela rosa, negra o de misterio. Si años atrás se llegó a creer que la buena literatura podría tener una gran difusión, la realidad no deja de decirnos día a día lo contrario. El mercado y los sistemas mediáticos lejos de estar interesados en cuidar una literatura de calidad actúan como trituradores de novelas y novelistas. Muchos de ellos, apremiados por ganancias sustanciosas, se dedican a escribir novelas de temáticas tan ajenas a su imaginario real que a la postre resultan falsas y tramposas. Los grandes temas (sexo, drogas, mujer, amor y violencia) se convierten en repetidos tópicos de los que a menudo echan mano ciertos narradores. Las novelas pastiche están a la orden del día. También aquellas que intentan parecer cultas y eruditas con tan sólo apoderarse de clásicos clichés y sonados argumentos narrativos. El síndrome Umberto Eco ha encontrado su veta escritural y ahora hay una saturación de novelas

que integran elementos de la vida real (histórica, emocional o libresca) mezclados con la ficción prosaica o detectivesca). El éxito que, por encima de otros géneros literarios, sigue teniendo la novela y el dinero que todavía mueve este mercado impulsa a escritores y otros profesionales que nunca tuvieron nada que ver con la literatura de ficción a escribir novelas suponiendo que gracias a éstas conseguirán un público más amplio de lectores. Casi da vergüenza apellidarse escritor cuando reporteros, futbolistas, actores, políticos y demás famosos se ven transvestidos de la noche a la mañana en autores de libros. El hecho de que cada vez hayan más escritores que sean articulistas, profesores, catedráticos, críticos, etc. contribuye además a una confusión de géneros bien hallada al fin en nuestro país pero no siempre legítima y novedosa. La novela es de siempre un género híbrido. Una forma mixta de escritura. Todo lo cual no impide reconocer como hecho meritorio que nunca como ahora se den en el mundo tantos e importantes novelistas.

No es mi intención abundar ahora en la polémica existente entre literatura seria y literatura frívola salvo para adherirme a las palabras de Juan Goytisolo cuando dice: Hoy en día se llama literatura a todo lo que no es. Y la verdadera literatura permanece oculta. Por interesante y necesaria que sea la polémica suscitada no tiene un resultado inmediato. Si la novela es espejo del mundo en el que se vive, propio de una época materialista y consumista como la nuestra será reclamar libros rápidamente digeribles. Libros que se compran y que jamás se leen. Libros de los que se habla mucho mientras permanecen en escaparate pero que se olvidan con la misma celeridad con la que se escribieron. En nuestra cultura apresurada y ligera, lectores y escritores prefieren historias fáciles de leer, que no les obliguen a reflexionar demasiado y que terminen bien. De ahí que, dicho sea de paso, tal y como recientemente anunciaba una revista de ventas de libros, hoy apenas nadie se preocupe de comprar los libros de una escritora tan relevante como Virginia Woolf.

La literatura a la que me refiero está sujeta a un compromiso inevitable con el arte con independencia de que sea o no una

mercancía. Está escrita desde unos parámetros estéticos y nunca comerciales. Pero hoy en día hablar de estilo es suicidarse. Citar a Proust o a George Eliot resulta prehistórico. De ahí el agobio de epítetos y etiquetas que tanto críticos como novelistas colocamos a la novela con la finalidad soterrada de brindar un peso de calidad a cada título nuevo. Con el propósito de imponer la venta de novelas específicas o de diferenciarlas del resto se habla de novelas líricas, realistas, poemáticas, metaliterarias, históricas, autobiográficas, científicas, etc. Cuando es sabido que toda novela buena no necesita adjetivos limitadores que la encasillen en un subgénero sacado a transmano. El autor que se sabe responsable de su compromiso con la verdadera literatura huye de definiciones y trata de mantenerse en su coto vedado de creación literaria. Este estado de caos y confusión cuyas primeras manifestaciones se dieron hace ya algunos años fue lo que impulsó a que una escritora de la talla de Marguerite Yourcenar dijese: “¿Acaso se escriben novelas? Yo no tengo la impresión de haberlas escrito” Y ante la pregunta que le plantea su biografía: “¿Está usted dispuesta a acabar con lo novelesco?”, la escritora responde: “Yo no establezco diferencia entre novela y poesía”.

Algunos narradores ejemplares, ante la posibilidad de ser encasillados en cualquier tendencia narrativa, mantienen firme su identidad e independencia literaria bien escribiendo contra el estilo o bien tratando de fundar uno propio ya que todas las novelas escritas o por escribir no son más que variaciones de un puñado de arquetipos literarios. Lo que cuenta en definitiva es el acto escritural a partir del cual cada novelista logra presentar su particular desacuerdo con el mundo. También ocurre que la adquisición de una fórmula o corriente narrativa impulsa a algunos narradores a atacar a aquellos que nadan en mares distintos a los suyos. Así cada autor se convierte en asesino de su contrario. La continua muerte y resurrección que vive la novela permite y propicia esta clase de crímenes de pacotilla que las leyes devoradoras del mercado estimula y sacraliza al punto de que las diatribas de los más feroces se convierten en armas arrojadas capaces de terminar con el talento de los más escritores más

valorados. El baile de máscaras que llega a ser el comercio de la literatura aviva a que algunos literatos se pronuncien en manifiestos individuales o colectivos en contra de la idea de seguir narrando pues de acuerdo a su parecer la idea de contar una historia es ya caduca y héroes, tramas, personajes y heroínas pertenecen al archivo histórico de la literatura. Sus argumentos van mas alla cuando proponen que toda actividad en la escritura debería cesar salvo, por supuesto, la que ejercen los propios detractores de la novela y defensores de otro género literario con el que se sienten más afines. Esta actitud catastrofista de tanto ser repetida ha dejado ya de tomarse en serio. Cuanto más cuando los novelistas encargados de dar sepultura a la novela son los primeros en ponerse a escribir otra nueva a las pocas horas de haberla sentenciado. Esta derrota y amenaza silencio total y absoluto con la que algunos novelistas acompañan la salida de sus libros obedece casi siempre a una crisis personal y creadora del escritor y pone en evidencia una vez más que la llamada crisis de la novela obedece tam sÿaaolo a la crisis del cansado y aburrido novelista. La literatura no está enferma. Todo lo más sacudida y despreciada por un mercado devorador y carente de escrÿaaupulos. Y cuando un escritor anuncia su muerte o agonía con toda seguridad es el escritor el que está sufriendo de una enfermedad terminal o pasajera de su fuerza creativa.

Los ataques furibundos en contra de la novela son el signo más evidente de que ÿaaesta sigue viva y de que para continuidad en el medio hostil de la palabra impresa precisa de una continúa transformación. La novela exige a sus autores nuevas formas de narrar. Y no resulta fácil encontrarlas. Al contrario de la uniformidad y simpleza que le exige el mercado del libro el auténtico novelista mantiene una actitud de firme independencia. Narrar es viajar de prestado. El novelista, como no tiene más remedio que resignarse a ser objeto de intercambio, trata de mantenerse a flote en el mar de una literatura en la que cada Ulises navega en un viaje sin retorno. El poeta, a diferencia del novelista, conoce muy bien el reto que le exige la literatura. Desde el primer momento es un naufrago. Jamás se le

ocurriría decir que la literatura ha muerto porque sabe demasiado bien que este enunciado reflejaría su falta de inspiración. La voz del poeta es muda porque deja hablar a la verdad poética. Algo de este proceder de la vida de poeta deberían tomar para sí novelistas y narradores con voluntad estética. La verdad de toda gran novela es el aliento poético y emotivo que transmiten y respiran sus páginas. El vicio solitario de la lectura es prueba significativa de que en el texto ocurre algo. Las novelas del siglo XIX eran muy descriptivas y tenían muchas páginas porque pertenecían a una cultura más paciente y ociosa que la nuestra. Pero cada novela tiene sus características propias y propone su particular y original visión del mundo. Es en este sentido como puede conseguir ser una obra de arte.